

Velada literaria en Cuernavaca

MARCELA MAGDALENO

La reina de las nieves

El pasado veintiocho de noviembre Helena Paz presentó su reciente libro *La rueda de la fortuna* publicado por el Fondo de Cultura Económica. El evento estuvo concurrido y fue en Cuernavaca.

Helena lucía radiante con un vestido en rosa y en más de dos ocasiones cuando los ponentes hablaban de sus letras o del cariño hacia ella, se le vio derramando lágrimas de alegría. Helena leyó dos de sus poemas y al final Marcela Magdaleno leyó una de las cartas de amor que le escribió Octavio a Elena cuando eran dos jóvenes que profesaban amor eterno. El evento irrumpió con estas palabras dedicadas a Helena:

–¡Helenita ya se te olvidó que tu madre se murió. Nosotros te necesitamos, ya levántate, escribe tus poemas y deja de llorar!–. Sabemos que quizás en momentos de miedo o soledad dirías a tus padres:

–“Léanme al oído sus cartas de amor. Acarícienme con sus palabras cuando su esencia estaba como flor naciente. Acérquense que hoy quiero sentir su abrazo”.

Palabras eléctricas que engendraron su cuerpo e hilaron magia en su inspiración. Así es Helena Paz, no puede velar el alud literario, filosófico y poético que lleva en las venas, nudo o puente entre Elena Garro y Octavio Paz. Los genes de las letras están allí vigentes, latiendo como el corazón de la tierra, a veces como maldición, pero la mayoría como una santa bendición.

Helena Paz Garro exhala poesía. Su laboratorio es un volcán, un vientre gestando frases, nutrido de las fuentes más puras. Su cama es una ofrenda de libros. Entre almohadas está su amante Scott Fitzgerald, a su diestra los románticos que le cantan antes de cerrar los ojos, Kiets, Biron, Hölderling, Baudelaire, Quevedo o Garcilazo de la Vega, reflejado en su dulce mirar.

Al despertar ella lee los evangelios, se deleita con la compañía de santa Teresa de Ávila. Y al atardecer invita a tomar el té a Yukio Mishima, evocando la niña de la primavera o el caballo desbocado.

Cuando olvida quien es, sigue las huellas del gato de Alicia en el país de las maravillas. Y cuando despierta su hechicera interior y ve el futuro a través de sueños, dialoga con Carl Jung; o con la adivina de la astrología moderna. Es amiga del futuro y conoce el sino zodiacal de cualquier persona jugando con la niña de sus ojos.

Después deja reposar la mente, exhausta de tanta lectura, e invita a sus gatos Paulin, Angelito, Federico, Hermes, a viajar en el recuerdo. Es cuando la llama de la lucidez ilumina la habitación de los siglos, y estalla el coloquio autobiográfico, cuando conoció a Picazo en Niza o admiró la cortesía imperial de Mishima en Nueva York. O los relatos que escribió en sus memorias cuando vivía con sus padres en Japón, después de la guerra, o las navidades nevadas en París cuando ella y su madre adornaban el arbolito de Navidad con esferas rojas y velas verdaderas, todo en rojo.

Memorias que terminan cuando ella tenía 16 años. A veces saca de sus cajones recortes de viejos periódicos, entrevistas que le hacía a los intelectuales y amigos de la época, Antonio Peláez, Beatriz Caso, Vicente Rojo entre otros. Después cuando escucha alguna melodía de Mozart recuerda cuando fue coronada como debutante en el palacio de Versalles, vestida de princesa.

O incluso nos habla de cuando caminaba entre los golpes de agua del cena, cubierta de neblina, junto al poeta puro Armand Rapaport que vivía cerca de Basilica de Montmartre. Antes zona de sagrarios y vírgenes milagrosas. Calles que después, a lagrimeo suyo, se convirtieron en zona peligrosa por los canallas ateos, tapizada de sex shops, en la que rondaba una banda de travestís brasileños que atacaba a las mujeres en los callejones.

¡A qué vulgar que se ha vuelto la vida moderna!

¡La literatura de hoy es pura pornografía y vulgaridad!

Exclama Helena.

Después saca de su bolso negro, que ya es parte de su cuerpo, las cartas de su amado padre espiritual Ernst Yünger, escritor anti nazi de los años 20. Mismo que denunció el terror alemán y el nihilismo. Haciendo su morada en la Selva Negra, asqueado de la moderna civilización convirtiéndose en botánico y explorador, engrandeciendo sus ratos de ocio estu-

diando insectos, flores, mariposas, cielos y sueños. Autor de finísimos poemas y ensayos considerado por François Miterrand, como el mejor escritor del siglo veinte. Yünger no escribía prólogos pero por el amor y admiración que le tenía a Helena y ayudada por su amiga Clara Janes le dedicó estas bellas palabras, hoy adornadas como ramo de rosas salvajes en su libro de poesía la Rueda de la Fortuna.

Su poesía

Helena le habla a la vida a través de sus poemas; las fechas envuelven las imágenes de su edad y contexto,, reflejando la búsqueda de la niña escondida, buscándose entre letras, muñecas y canciones de cuna.

Estas experiencias que acabo de relatar son pinceladas, ciclos de su vida, lunas llenas de silencios profundos, de secretos contenidos, de intensas vivencias, de abismos y glorias. El contenido de este libro es la quintaesencia del trabajo de su vida. Su libro contiene poemas escogidos al azar y traducidos del francés al español, porque a ella la inspiración se le da en francés, hablando el mismo idioma sin acento. Tenemos en este libro lágrimas de música que al caer construyen el arco iris de su poema, simbolizando las principales religiones del mundo.

Disolvencias en verde

Torbellinos de jade

Penetran...

Helena escribió siete poemas en Disolvencias China la religión taoista, Rojo la india y la hindú. Blanca disolvencia simboliza la religión griega. Disolvencia rosa es la virgen y representa México.- Mi poema habla de los siete países, los siete cielos budistas, todo en verde como la esmeralda, como los bosques en abril.

Lechos a menta fresca

Sinfonía de átomos...

Helena a veces nos lee algunos de sus seiscientos poemas que aún tiene guardados en su maleta mágica y que algún día sorprenderá otorgándoselos a la vida.

En su proceso creativo Helenita sueña poemas, se levanta, escribe y en la mañana los corrige, ungiéndolos con el polen de su aliento. El poema "Mandala" es uno de sus preferidos, en él habla de las cuatro estaciones, los cuatro climas del alma. Poema escrito en 1965 a los 25 años. Ese verso tiene un temperamento semejante al libro El hombre en busca de su alma de Carl Jung.

"Mandala" es un poema de la infancia, cuando pasaba los veranos en un internado en Suiza rodeada de amigas. Eran

días gozosos, pues al ser hija única, pasaba gran parte de su tiempo sola. "Mandala" habla del exilio, de los expatriados de la Europa central, de la vieja Transilvania, de los países del mar Báltico. En él, predice lo que les sucedería a ella y a su madre en el exilio, al ser acusadas de líderes políticos en el movimiento del 68. Larga historia que nunca ha sido entendida. Sin embargo en "Mandala" también evoca los hilos de cristal llamado vírgenes, tendidos de rama en rama en arboledas de París cuando se aproxima la primavera.

"Mandala" despierta su niñez cuando fue invitada a un palacio medieval por su amiga francesa a jugar escondidillas. Helena se ocultó hallando un libro, inmersa en el ensueño, se perdió en el tiempo. Quizás fue entonces cuando la reina de las nieves la cautivó, o la serpiente le mordió la lengua, contagiándola con el veneno de las letras. Y nos dice ella:

- "Mis padres nunca me compraron libros para niños, pero yo tenía un amigo dueño de una inmensa librería vieja, él me dejaba leer todo. Nos hacíamos compañía-".

Al abrir el primer capítulo de La reina de las nieves, vemos a Helena de cinco años construyendo un circo en el jardín de su casa, infiltrada por las criaturas mitológicas, haciendo el baile del sol y el baile de la luna. Explicándole a su amiga también de cinco años, cómo bailar, ya que ella era bailarina clásica. Las niñas entre la sombras de los árboles y envueltas en las mascaradas de Elena la madre, sembraban sus risas entre los árboles, ella usaba la seda plateada y gris pálida, su amiga la naranja y amarilla. Una era el relámpago del sol y la otra el hechizo de la luna. También participaba el gato llamado machupichu que parecía pantera de Madagascar nombrado así por el poema de Pablo Neruda, que siempre recitaba su padre. Después del ensayo invitaban a los adultos a ver su función, cobrando 20 francos por mirar. Y con ese dinero, compraban los cuentos de hadas, las historias de Jack London y otros libros, la mayoría sin dibujos, época en que la literatura era la única fuente para nutrir el alma y la fantasía.

Helena vive sus días como la cenicienta vivió al principio del cuento, pero nada la detiene a seguir creando, ya que es custodiada por san Miguel Arcángel. No siente culpa de beberse todo el lujo del universo, ella escribe con la tinta de la esperanza; y en el molino de flores donde está su corazón, cuando es tocada por las letras de oro, transporta al lector a la otra realidad, donde ella convive diariamente con sus personajes imaginarios y también todos aquellos reales que te besaron alguna vez. 🐾